

de la economía en ambos polos del flujo migratorio. Consecuencia de todo ello fueron la alternancia de períodos de emigración muy intensa, evidentemente, en términos de la época, con otros en los que ésta quedó prácticamente colpasada durante varios años. En paralelo a la evolución dicrónica, la obra recrea, e ilustra con casos puntuales, las vivencias de aquellos 1.488 habitantes del noroeste de Tenerife que decidieron probar fortuna en América, como dijimos, en base a las circunstancias y los datos que dejaron reflejados en los protocolos notariales. Las vertientes abordadas van desde la financiación y los preparativos del viaje, hasta las actividades económicas desarrolladas por los transterrados en sus lugares de destino, pasando por las consecuencias del éxodo en la comarca y, en particular, la precaria situación de muchas de las mujeres de los emigrados que perdieron el contacto con sus maridos. De esta manera, el lector tiene acceso a un sinfín de pinceladas de la emigración de la época que se hacen eco, asimismo, de una casuística muy dispar que, por lo demás, guarda coherencia con el hecho de que ésta aún no se había convertido en un fenómeno de masas.

En definitiva, estamos ante una aportación que, al incorporar las especificidades de una demarcación muy concreta del archipiélago, enriquece el estado de los conocimientos de la emigración canaria a finales del Antiguo régimen y, asimismo, reivindica la acometida de trabajos similares en otros microespacios para ir, poco a poco, detectando todas sus variantes locales y comarcales.

Julio Antonio Yanes Mesa
Universidad de La Laguna

MONTES BERNÁRDEZ, Ricardo: *Lucha por la supervivencia. De motines, huelgas y manifestaciones en la Región de Murcia (1808-1914)*. Murcia, Nausícaä. 2005. 153 pp.

La formación histórica de la clase obrera murciana es un proceso lento, incompleto y desigual. Obedece a la diferente significación de las pautas económicas que se superponen en el largo siglo XIX: agricultura tradicional y, luego, exportadora, minería, metalurgia y algunos enclaves industriales de dispar significación. Tal evolución económica, a pesar de sus logros evidentes, no alcanzará un crecimiento autosostenido. Miles de trabajadores se verán obligados a abandonar su tierra en busca de oportunidades, primero hacia Argelia y desde 1914 a Cataluña —el «mito Barcelona»— y Francia. Sus localidades de origen son las inciertas cuencas mineras y las zonas de agricultura atrasada. No existe, en conclusión, una sola clase obrera ni su comportamiento podrá ser el mismo.

Los jornaleros agrícolas son mayoritarios, pero su aislamiento y su analfabetismo les convierte —con pocas excepciones— en la masa dúctil que manipula a su antojo el cacique y es la Iglesia quien los encauza en sindicatos amarillos. Es así como se constituye la Fede-

ración Católico-Agraria. En las zonas mineras y en los núcleos fabriles son los sindicatos de clase los que predominan. Es un camino largo. Sus paradigmas organizativos son bien conocidos: cooperativas, sociedades de socorros mutuos y de resistencia. En 1916 todas estas expresiones suman un total de 157 entidades, descollando las 57 de Cartagena, las 34 de la capital y las 20 de La Unión. Para entonces hay datos que garantizan variaciones de consideración. En primer lugar, se contempla un cierto acrisolamiento, negándosele el ingreso a los capataces, encargados y contra maestres. De igual modo, quedan incapacitados para ocupar cargos los que hubiesen ejercido de policías o confidentes. En todas ellas aparece ya como motivo de expulsión el prolongado adeudo de las cuotas y la conducta desordenada. Surge la preocupación por la propia formación, aclimatándose en algunas asociaciones una enseñanza reputada de racionalista.

Tales son las coordenadas sobre las que Ricardo Montes desarrolla su excelente aportación. El libro está dividido en ocho capítulos que comprenden la evolución de las clases subalternas desde el final del Antiguo Régimen a la primera guerra mundial. El planteamiento metodológico propuesto se engloba dentro de la historia de los movimientos sociales. Historia social centrada en las clases populares, al contemplar todos los fenómenos de la lucha colectiva, todas las actitudes de protesta contra el poder, de la rebeldía popular a la lucha de clases. Se arranca así de los conflictos pre-industriales, cuya tipología ha sido descrita por George Rudé: motines de subsistencia, violencia contra la propiedad, espontaneidad y heterogénea composición del grupo. Se extenderán por todo el ámbito provincial, dada la participación de clases y segmentos de clase con resortes de respuesta directa. Estarán presentes tanto en núcleos urbanos –Murcia, Cartagena y Lorca– como en las entidades rurales de menor porte: Sangonera, Mula, Ceutí, Algezares, Puente Tocinos, Pliego, Guadalupe, Blanca y Bullas.

La huelga requiere una mayor concienciación, sin que falten colectivos que rompan esquemas tradicionales: amas de cría, peluqueros o alpargateros. Su localización indica los lugares donde se desarrolla el movimiento obrero. Es el caso de los centros urbanos citados, de las pueblas mineras –La Unión, Mazarrón y Águilas– y de las zonas rurales con incipientes formaciones de jornaleros como Jumilla y Yecla. Una geografía que el autor subraya con la presencia de organizaciones y lugares donde se publica prensa de esta significación: Cartagena con siete cabeceras, Murcia y Mazarrón con cuatro, La Unión y Cieza con dos y Jumilla y Lorca con una. Fuera de allí el conflicto se vierte en manifestaciones: San Pedro del Pinatar, Villanueva, Mula, Abarán, Alhama, Molina y Campos del Río.

Huelgas que raramente superan su carácter sectorial, a no ser los Primeros de Mayo. Las causas son muy variadas, como corresponde a un mercado laboral apenas regulado: aumento salarial, reducción de la jornada, pago en especie, derecho de asociación, readmisión de despedidos o descanso dominical. Lo más sorprendente para la época es la reivindicación de tiempo libre para el ocio. No falta el carácter festivo, pudiendo ser conceptuadas de festivales de los oprimidos, incluso de expresiones proletarias del principio del placer. Se hacen acompañar de bandas de música, blandiendo banderas, a veces sirven los mantones

de las obreras. Está presente la violencia: piquetes, barricadas, asaltos, grupos de niños que apedrean establecimientos, farolas, tranvías o esquirolas.

Dada su trascendencia se dedica un capítulo a la mujer, ocupada en una amplia nómina de oficios, sobre todo en agricultura, sedería y servicio doméstico, pero también figuran lavanderas, costureras, modistas, esparteras, mandaderas, vendedoras, maestras y molineras. Salvo contadas ocasiones, un trabajo duro y mal remunerado, sin que falten los malos tratos de encargados y contra maestras. A destacar el protagonismo alcanzado por las hilanderas con huelgas multitudinarias. Algunas conseguirán individualizarse como Leonor (a) *la Capitana* o Ana Pérez, otras caerán abatidas en mitad de la calle.

Se desagrega la conflictividad de origen político, atendiendo a que los grupos subalternos son utilizados por las clases medias para luchar –como diría Marx– «contra los enemigos de sus enemigos». Ocurre con la sublevación de febrero-marzo de 1844, el levantamiento de Gálvez en 1854 o la intentona republicana de 1886. Se contemplan también otros motines, huelgas y protestas de clasificación más compleja, que podrían interpretarse como reflejo de las mentalidades: defensa de tradiciones, relaciones vecinales, clericalismo y anticlericalismo.

Dolor y sangre obrera derramada, mientras el Estado ampara a los propietarios. La cuestión social es sólo un problema de orden público. No hay tregua ni transacción posible. Ocurrirá una y otra vez, pero las aspiraciones proletarias seguirán en pie. El libro que presentamos es testimonio fehaciente de todo ello. Un genocidio olvidado de forma interesada que ahora recupera con rigor el profesor R. Montes. Ello sólo sería bastante para valorar en su justo término el trabajo realizado, pero hay que añadir honestidad, buen hacer y un estilo alejado de toda artificialidad que hará llegar su contenido a los olvidados de la historia. Contribuciones como ésta devuelven la fe en el auténtico sentido de este oficio.

Pedro M^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

CABRERA, Ángel: *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif.* Prólogo de M. Hernánde de Larramendi. Madrid. Ibersaf. 2004, XXV+271 pp.

La literatura de viajes es un género que se prodigó en la Europa de los siglos XIX y XX, cuyo auge ha de vincularse a la expansión colonial europea en África y Asia y a la época de expansión científico-cultural de las sociedades científico-históricas. En un contexto donde la acción político-militar y científico-cultural se daban la mano, los viajeros se convirtieron en los actores de esta labor en cuyas obras se entremezcla la pasión por la aventura y lo desconocido, con el rigor científico y la actividad investigadora. Si países como Gran Bretaña o Francia encontraron en Oriente Medio y en Egipto sus principales